

¡Qué gran motivo de asombro y de embarazo es esta rareza de contrición! Examinad cual ha sido hasta aquí la vuestra. ¿Ha sido verdadera? Muy difícil es que se haya detestado sinceramente una falta que se comete á sangre fría poco despues de esta pretendida detestacion. La contrición para ser verdadera debe ser interior, sobrenatural, soberana y universal; esto es, que es preciso que el dolor esté en el corazón, que sea escitado por la fe y por un movimiento del Espíritu Santo, y no por un puro motivo natural; que sea mayor que cualquiera otro dolor que podamos sentir, aun cuando no sea tan sensible. Tiénese un dolor soberano cuando le es á uno más doloroso el haber ofendido á Dios, que el haber perdido lo que tenia más amado en el mundo, y se prefiere Dios á todas las cosas: tiénese un dolor universal, cuando se detestan universalmente todos los pecados mortales que se han cometido sin exceptuar uno solo. ¿Ha tenido siempre vuestra contrición estas condiciones? ¿Cuántos se imaginan haber tenido contrición, porque han recitado de labios afuera un acto de contrición que han aprendido de memoria, ó que han encontrado en su devocionario! Nada prueba mejor el vacío y la falsa apariencia de nuestras contriciones que nuestra poca enmienda; desengañémonos, es una señal de no haber formado verdadera contrición, cuando no hay verdadera conversion. ¿Queréis conocer si detestais verdaderamente el pecado? mirad si detestais verdaderamente todas las ocasiones; si las huís; si os valeis de todos los preservativos para no caer; si recurrís á la oración. ¡Cuántas malas confesiones por la falta de verdadera contrición! ¡cuántas confesiones nulas! Examinad hoy con cuidado, si todas las que habeis hecho están exentas de este defecto; señalad los puntos que es necesario inmediatamente remediar, y tomad todas las medidas para que de hoy en adelante no necesite vuestra contrición de penitencia.

2 Ordinariamente se cae en el error de emplear todo el tiempo en pensar en los pecados, sin escitarse á la contrición que debe tenerse de ellos. Es necesario, pues, emplear á lo menos tanto tiempo en escitarse á la contrición, como en hacer el examen. Aplicaos á hacer frecuentemente, durante el día, actos de contrición; hacéoslos familiares para que no os coja de nuevo el hacerlos en las cercanías de la muerte. No esperéis á estar al pie del tribunal de la penitencia para detestar vuestros pecados; repasad todos los años de vuestra vida en la amargura de vuestro corazón, cuantas veces hicieris oración á Dios ó asistieris á la misa. Muchas personas lo hacen á todas las horas; la práctica es fácil; una ojeada sobre todas las iniquidades pasadas, con vivo

sentimiento de haber desagradado á Dios solo por su bondad infinita, apenas pide más que un momento, y esta santa práctica trae una utilidad muy grande: comenzad desde hoy á hacéosla familiar.

MIERCOLES SANTO.

EN este día propiamente comienza el gran luto de la Iglesia; porque en él fué cuando se reunieron los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, y los ancianos ó magistrados, para deliberar sobre los medios de verificar, por fin, la prision de Jesucristo, y en él quedó resuelta su muerte. Por esto, despues del Viernes santo, no hay otro que esté más particularmente consagrado á la pasión de Jesucristo. El Miercoles santo fué cuando se dictó el decreto de muerte contra este divino Salvador, y el Viernes santo cuando se ejecutó esta cruel é injusta sentencia. Esto es lo que ha movido á la Iglesia (segun san Agustín y los demás santos Padres) á establecer la estacion, ó sean ciertas oraciones, y el ayuno de los miércoles como de los viernes del año, cuyos días han sido siempre mirados por los fieles como días singularmente consagrados á los ejercicios de la penitencia.

Dos días antes de la Pascua fué cuando los judíos tuvieron este consejo de iniquidad. Convínose en él en que se tomarian medidas á propósito para apoderarse con seguridad y con maña de Jesucristo; que era preciso que esto se hiciese durante la noche, para que los que le seguian por el día no estuviesen en disposicion de defenderle; y que no se haria durante la fiesta, no fuese que se suscitase alguna conmoción popular por este motivo. Pero sabiendo el Salvador que su hora habia llegado, hizo ver que él mismo era el que disponia, así del tiempo como de la manera de su muerte; porque habiéndose presentado el infeliz apóstata Judas para tratar con ellos sobre la entrega de su Maestro, les hizo mudar y adelantar sus resoluciones.

El introito de la misa de este día está tomado del segundo capítulo de la carta de S. Pablo á los filipenses, en la que el santo Apóstol, despues de haberles desenvuelto el gran misterio de las profundas humillaciones de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, les hace ver la gloria inmensa que ha seguido á estas asombrosas humillaciones; y que si este divino Salvador se ha humillado sin medida, ha sido á proporcion exaltado y glorificado. *Que á la invocacion del nombre de Jesus dobla la ro-*

dilla todo lo que hay en el cielo, en la tierra, y en los infernos, porque el Señor ha sido obediente hasta morir, y morir en la cruz; y que por esto, nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre; esto es, que Jesucristo, Dios y hombre, está verdaderamente en el cielo, á la diestra de su Padre celestial, gozando de la gloria que le es debida como Dios, y de la que justamente se ha adquirido por sus tormentos como Dios y hombre. Escuchad, Señor, mi oracion, y lleguen hasta vos mis clamores; estas palabras están tomadas del profeta David sumergido en la aliccion mas viva, y en este concepto figura de Jesucristo.

Como el sábado siguiente es dia de órdenes, la Iglesia, como se ha dicho en otra parte, lee siempre el miércoles que las precede dos Epístolas en la misa. Las dos que ha elegido para este dia están tomadas del profeta Isaías. La primera anuncia la llegada del Salvador, pedido y esperado tanto tiempo habia, que viene en fin á salvar á su pueblo, sacándole de una cautividad tan larga y tan dura, de la cual era no mas que figura la de Babilonia.

Decid de parte del Señor á la hija de Sion, esto es, decid á Jerusalem, que tomándose aquí por el pueblo que el Salvador venia á rescatar, significa por consiguiente á todos los hombres; decidle, que por fin se han concluido todos sus males, puesto que ha venido su Redentor, su Libertador, y su Salvador, y va á concluir su grande obra, que es la redencion del género humano, cuyo cumplimiento y perfeccion es la recompensa de sus trabajos y de sus tormentos. En el nacimiento de Jesucristo, los ángeles enviados del cielo se contentaron con decir á los pastores, que les habia nacido un Salvador: mas aquí el Profeta mirando á este Salvador, no ya naciendo, sino muriendo; no comenzando á trabajar en la obra de nuestra redencion, sino consumando esta grande obra, nos le anuncia y nos le representa cargado con el fruto de sus trabajos, y llevando consigo la recompensa de sus penas y de sus tormentos, que es nuestra Redencion. ¿Quién es el que viene de Edom, exclama por el Profeta; quién es este conquistador que viene de Bosra, con su ropa teñida en sangre, que encanta y que deslumbra con la belleza y el resplandor de sus vestidos, y que marcha con tanta majestad, intrepidez y fortaleza? Edom, esto es, la Idumea, está situada entre la Arabia Petrea y la Judea, de la que, la ciudad de Bosra, era antiguamente la capital. Los idumeos descendian de Esaú, eran enemigos de los israelitas, y habiéndose juntado á los caldeos en tiempo de Nabucodonosor, contribuyeron no poco á la toma de Jerusalem, y á la cautividad de los judíos en Babilonia. El Profeta nos

representa al Salvador bajo de la persona de un conquistador que vuelve de la Idumea, cubierto todo de sangre despues de haber triunfado de los enemigos de su pueblo. ¿Quién es, pues, este héroe, dice, todo cubierto de sangre, y cuya sangre da un esplendor tan grande á su triunfo? Soy yo, responde el mismo Salvador; soy yo, que he satisfecho plenamente á la justicia divina con mi sangre, y que he empleado todo mi poder y todas mis fuerzas para salvar á los hombres. ¿Y por qué está roja toda vuestra túnica? ¿y por qué vuestros vestidos se parecen á los de los que pisan la vendimia en el lagar? Esto consiste en que he sido solo para pisar la uva, sin que ninguno de todas las naciones del mundo me haya ayudado. El Profeta hace siempre hablar al Salvador de los hombres en sentido alegórico y figurado. No ha habido patriarca, ni hombre tan santo y querido de Dios, que haya podido jamás quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, ni pisar como se pisa la uva al enemigo de la salud á quien el pecado habia hecho tan poderoso en el mundo. No ha habido mas que yo, ni podia haber otro que yo que pudiese destruirla. Yo solo he triunfado de todo el infierno con la fortaleza de mi brazo: no estrañeis, por tanto, si aun llevo sobre mis vestidos las señales de una victoria tan sangrienta. Hace mucho tiempo ya que yo meditaba su derrota; pero por fin ha llegado el tiempo de rescatar á mi pueblo. El combate ha sido violento, la victoria ha sido sangrienta, yo me he encontrado solo con un enemigo tan formidable, y no he esperado socorro de nadie. La fuerza sola de mi brazo es la que me ha salvado. A mi valor solo, á mi sangre, es á lo que yo debo mi victoria.

Parece que el Profeta pasa en seguida de la victoria del Salvador sobre todo el infierno, á las gloriosas consecuencias y á los frutos maravillosos de esta señalada victoria. El demonio habia subyugado cuasi toda la tierra. ¿Qué de templos sacrilegos levantados en su honor por los paganos, y qué número de ídolos infames en los mismos templos! La idolatria estendida por toda la tierra, reinaba con imperio en todas partes: los reyes, los emperadores eran los mas zelosos defensores del paganismo. El Salvador despues de haber vencido y desarmado el infierno, ha triunfado de todos sus partidarios; sus discípulos sin armas, sin fuerzas, sin auxilios humanos, por sola la virtud de su nombre, han purgado toda la tierra de los ministros de la impiedad; su cruz ha triunfado de todos los pueblos idólatras. ¿Puedense olvidar, despues de esto, las misericordias infinitas de nuestro Dios? ¿y qué alabanzas, qué acciones de gracias no deben tributarse al Señor por tantas maravillas?

La segunda Epístola de la misa de este día, tomada del capítulo 53 del profeta Isaías, mas parece una historia que una predicción de la pasión de Jesucristo; y al leerla se creeria oír mas bien un historiador sagrado que cuenta lo que ha sucedido, que un profeta que predice lo que debe suceder al Salvador del mundo. Comienza Isaías quejándose de la estraña incredulidad de los judíos y de su ceguera, no habiendo querido creer ni á su palabra ni á sus milagros. *¿Quién es, dice, el que ha dado fe á lo que se nos ha oído decir? ¿y á quién se ha dado á conocer el brazo del Señor?* El brazo del Señor indica aquí el poder divino que brillaba en los milagros de Jesucristo. El es la palabra y el brazo del Señor, porque en él reside la sabiduría y la fortaleza; sin embargo, apenas ha encontrado en su propio pueblo, mas que oídos sordos á su voz, y corazones endurecidos. Esto es lo que obligó al evangelista S. Juan á decir, que despues de tantos milagros como el Salvador habia hecho á su vista, *no creían en él*, á fin, añade, de que se cumpliese lo que habia dicho el profeta Isaías. No eran infieles los judíos en consecuencia de la predicción de Isaías; su infidelidad voluntaria y obstinada estaba ya presente al Espíritu Santo que se la habia hecho predecir. Despues de este preludio que tan exactamente conviene al retrato tan semejante que va á hacer de Jesucristo en su pasión, toca como de paso la verdadera causa del error de los judíos, que habiéndose figurado siempre un Mesías rodeado del esplendor, de la grandeza y del poder de la tierra, han desconocido á Jesucristo en su abatimiento. Os engañais, les dice; representándoos al Salvador como un grande de la tierra, criado entre los honores del mundo, en la abundancia y en la brillantez; os engañais representándoosle como un alto cedro; *él se elevará delante del Señor como un arbolillo, y como un renuevo que sale de una tierra seca. Aparecerá á los ojos de los hombres sin belleza y sin lucimiento. Nosotros le hemos visto en el lastimoso estado en que vosotros le habeis puesto, y nos ha costado trabajo reconocerle, tan desfigurado estaba.* Este divino Salvador, el mas hermoso de los hijos de los hombres, *nos ha parecido un objeto espantoso, un hombre de dolores que sabe bien lo que es sufrir, en fin, el último de los hombres.* Cuanto mas lo hemos considerado, menos lo hemos conocido. *Su rostro estaba como escondido bajo de un monton de sangre, de cardenales, de salivas; causaba horror el verle, y apenas hemos podido persuadirnos que fuese el mismo.* En medio del asombro profundo que nos ha causado un objeto tan sorprendente, hemos considerado de donde podia venir esta deformidad y esta reunion de males

sobre su persona adorable, y hemos reconocido que esto ha sido porque efectivamente *ha tomado sobre si nuestras flaquezas, y se ha cargado voluntariamente por nuestro amor con la pena debida á nuestros pecados, con nuestros dolores, y con todo lo que nosotros debiamos sufrir de la justa cólera de Dios su Padre.* *El es en efecto, dice el apóstol S. Pedro (1. Petr. 2.), el que sobre el leño de la cruz ha llevado nuestros pecados.* *Le hemos tenido,* continua el Profeta, *por un leproso, y como un hombre herido de la mano de Dios, y reducido á la humillacion mas profunda.* Hombres ingratos, reconoced aquí las obligaciones infinitas que habeis contraído con este divino Salvador, pues si ha sido traspasado de llagas, lo ha sido únicamente por nuestras iniquidades; si ha sido despedazado á golpes, ha sido porque se ha dignado tomar sobre si la pena de nuestros pecados: él ha querido que el castigo que debiamos sufrir antes de ser reconciliados con su Padre, para despues obtener la paz, recayese sobre él. Asi que, por sus heridas y por la sangre que ha derramado; hemos sido nosotros curados de las llagas que el pecado habia abierto en nuestra alma. Comprended, hombres sujetos á tantas miserias, comprended á este Redentor de todos los mortales; nosotros despues del pecado de nuestro primer padre, andábamos todos errantes como ovejas descarriadas, arrojados del paraíso terrestre; estábamos espuestos á todo género de penosos accidentes; lejos del redil, cada uno se habia desviado por seguir su propio camino, y cada uno hallaba en su camino mil peligros, y cuasi á cada paso un precipicio, efecto todo necesario de la ceguera causada por el pecado. Este buen Pastor ha resuelto dar la vida por todo el rebaño. El Señor le ha cargado, queriéndolo así él mismo, con la iniquidad de todos nosotros. Si ha sido ofrecido é inmolado á la justicia de su Padre, es porque él mismo lo ha llevado á bien; tampoco ha salido, por tanto, de su boca, ni justificacion contra los falsos testimonios de que se le ha cargado, ni murmuracion, ni queja. Será llevado á la muerte cual oveja que es llevada á degollar sin que dé un balido; y cual un cordero que está mudo delante del que le trasquila, así tambien este Cordero divino que quita los pecados del mundo será inmolado sin abrir la boca. En fin, él ha muerto en medio de los dolores; y á pesar de habersele reconocido inocente, no ha dejado de ser condenado á muerte contra toda justicia. No obstante todo esto, este hombre de dolores, y tratado como el último de los hombres, es nuestro Dios; porque ¿quién es el que podrá contar su generacion eterna? ¿quién es capaz de comprender el misterio inefable de su encarnacion? No os escandaliz-

ceis por los oprobios de que ha sido harto, ni aun por la ignominia de su muerte. Yo le he herido, dice el Señor, á causa de los pecados de su pueblo. Era necesario para satisfacer plenamente á la justicia divina ofendida por el pecado, era necesario una víctima inocente y de un precio infinito; era preciso que un hombre que jamás hubiese podido pecar, sufriese en su persona la pena debida al pecado para restablecer los hombres en la gracia, y esto es lo que ha hecho este divino Salvador. Así es, que por su muerte mereció la conversion de los impíos y de los ricos, esto es, de los mismos judíos que han cometido la impiedad de quitarle la vida, y de los gentiles que parecian los señores de la tierra. Por mas que fuese la inocencia misma, Dios ha querido oprimirle con los males. Comprended, pecadores, el mal tan grande que es el pecado, al ver con qué rigor trata Dios á su propio Hijo, solo por haberse cargado con la apariencia del pecado, sin tener consideracion á su inocencia. Por lo demás, su gloria corresponderá á sus humillaciones, y su triunfo al exceso de sus dolores. Y pues ha tenido á bien dar su vida por el pecado de los hombres, ¿qué dichosa y qué larga posteridad no verá? ¿qué de millones de mártires no darán su vida por la gloria de su nombre? No solamente subsistirá su Iglesia hasta el fin de los siglos, á pesar de todos los esfuerzos del infierno; él verá en el cielo por toda la eternidad en el número infinito de elegidos el fruto de lo que ha padecido; ¿cuantas gentes se justificarán por su doctrina? La multitud innumerable de santos que han triunfado bajo de sus órdenes y por su gracia de todas las potestades del infierno compondrán su corte en el cielo. A la invocacion sola de su nombre doblará la rodilla todo cuanto hay en el cielo, en la tierra, y en los infiernos. Y no habrá uno solo de sus siervos que no entre en su reino, cargado con los despojos de la muerte misma, á la cual ha vencido con la suya, y todo esto porque se ha entregado él mismo á la muerte y ha sido puesto en la clase de los malvados; he aquí el fruto de su muerte. Por fin, concluye el Profeta, no contento con haber tomado nuestros pecados sobre sí, ha llegado su bondad hasta el extremo de rogar por los violadores de su ley, los cuales hallan siempre en él un fondo de misericordias infinitas, y pasando todavía su bondad mas allá de todos los límites, ha pedido tambien por los que le han quitado la vida. Mas de setecientos años antes de Jesucristo era cuando Isaías hacía su retrato con unos colores tan vivos. Un evangelista no hubiera hablado con mas claridad.

La historia de la pasion que se lee en la misa de este dia, ha sido escrita por S. Lucas. No se dará aquí mas que un compen-

dio de ella con las reflexiones que sugiere el asunto. Comienza por estas palabras: Acercábase la fiesta de los Azimos; esto es, de los panes sin levadura, llamada Pascua. El miércoles, víspera del dia en que el Salvador celebró la Pascua por última vez, convino Judas con los judíos en entregarles á Jesucristo. Hase visto el modo con que aquel impío apóstata ejecutó su infame designio. Habiéndose los soldados apoderado de Jesus en el huerto de los Olivos, le ataron, y tratándole con la mayor ignominia, le condujeron en la misma noche á Jerusalem, con lanternas y hachas encendidas, entre un ruido tumultuoso, que indicaba á todo el mundo que llevaban algún preso famoso. ¡Cuál fué la sorpresa, y cuáles los sentimientos de desprecio de todo el pueblo, cuando se vió que era Jesus, aquel gran Profeta, á quien se habia recibido, tres dias habia, en aquella misma ciudad como el Mesías, el que acababa de ser preso de orden de los sacerdotes y del magistrado, como un insigne impostor! Esta ocurrencia impuso tanto en el momento los ánimos que toda la veneracion se convirtió en indignacion, y en el instante vino á ser el divino Salvador el objeto de la execracion pública. Llevósele desde luego á casa de Anás, que era gran sacerdote; llamábase tambien Anano, y tenia el primer rango entre los judíos; pero como Caifás, su yerno, era el que en aquel año desempeñaba las funciones del gran sacrificador, Anás le envió al Salvador para que le formase el proceso, y le condenase. Prevenido Caifás de que se le llevaba al que él aborrecia, y contra quien habia ya pronunciado el decreto de muerte en el concilio que se habia tenido algunos dias antes para proporcionar los medios de deshacerse de él, habia reunido en su casa los sacerdotes, los escribas y los ancianos que se consumian por el ansia de verle á sus pies, y poder satisfacer sobre él sus zelos y su rabia. Entre tanto Pedro avergonzado de haber abandonado tan cobardemente á su buen Maestro le seguia á lo lejos. El temor le habia hecho huir, y el amor le habia hecho volver; pero este amor era todavía muy débil para hacerle declararse por discípulo suyo. ¡Dios mio! ¿qué funestas consecuencias traen los miramientos mundanos á la piedad y á la religion; y cuánta verdad es que un temor irracional de pasar por discípulo de Jesucristo, tarde ó temprano hace infieles y algunas veces tambien apóstatas!

Caifás para salvar las apariencias preguntó á Jesucristo acerca de su doctrina; respondióle el Salvador, con su acostumbrada dulzura, que él habia predicado siempre en público, y que si queria quedar perfectamente instruido de su doctrina, no tenia mas que preguntar á todos los que le habian oido. Una respues-

ta tan sabia y tan modesta merecia un aplauso universal, mas sin embargo le atrajo una insigne afrenta. Uno de los oficiales de justicia le descargó una gran bofetada: era esto tratar como vil esclavo al Rey de los reyes; no obstante un tratamiento tan injusto, se aprobó hasta el término de aplaudirse en toda la sala. Este ultraje fué uno de los mas sensibles que se hicieron á Jesucristo. Por esto el divino Salvador, que nada ansiaba mas que sufrir, no pudo sin embargo en esta ocasion dejar de dar á conocer lo sensible que le era. Temió no se creyese que habia faltado al respeto debido al pontífice del Señor, y esto fué lo que le movió á decir: Si he hablado mal, muéstrame en qué; pero si nada he dicho que sea contra el respeto, ¿por qué me hieres de este modo? Algunos de la hez del pueblo, sobornados por los enemigos del Salvador, depusieron contra él; pero por mas que se valieron de todos los artificios para calumniarle, se contradecian tan visiblemente todos los falsos testimonios que producian, que jamás pudo hallarse cosa alguna que diese algun aire de verisimilitud, ó algun colorido á la calumnia. Solo la pasion, el furor y la injusticia eran las que podian condenar á Jesucristo.

Resolvió entonces el gran sacerdote preguntarle sobre un punto muy delicado, y al que se persuadió con fundamento que Jesus no podia dejar de responderle. ¿Yo te conjuro, le dijo, por el Dios vivo, que nos digas si eres tú el Hijo único de Dios, el Mesias? Sí, respondió el Salvador sin detenerse; yo soy el que tú dices. No necesitaba de pruebas esta respuesta, su vida, su doctrina y sus milagros la probaban suficientemente. Este oráculo tantas veces confirmado por el Eterno Padre, fué un decreto de muerte contra él en el ánimo del juez: *reo es de muerte*. He aquí, pues, al Santo de los santos, la inocencia misma, el Criador del universo y el Salvador de todos los hombres condenado á muerte, por medio del mas enorme de todos los atentados, por el mas impío de todos los tribunales y contra toda especie de derecho y de justicia. ¡Ay Señor, nosotros clamamos injusticia, venganza, al menor agravio que se nos hace, y el Hijo de Dios no dice palabra viéndose condenado á muerte por malvados é impíos!

Determinada ya la muerte, retiróse cada uno, y el Salvador quedó todo el resto de la noche abandonado á la crueldad de los soldados, y á la insolencia de los sirvientes, que no solamente hicieron de él objeto de su diversion, sino que mirándole como una víctima vil, destinada ya á la muerte, le trataron del modo mas bárbaro del mundo; los unos le escupian en el rostro, los otros le acosaban á puntapiés; estos le vendaban los ojos, y aña-

diendo la burla mas impia y mas injuriosa: Falso Mesias, le decian abofeteándole; adivina quién te hiere: en fin, todos iban á porfia á quien le cargaba mas de injurias, y le maltrataba mas con golpes.

¡O sabiduría eterna! ¡O poder sin límites! ¡O soberano Señor del universo, ante quien deben doblar la rodilla todas las potestades del cielo, de la tierra y de los infiernos! ¡Vos hecho el objeto de la insolencia de un monton de malvados, y el juguete de una canalla desenfrenada! Concibamos, si es posible, las injurias é ignominias que recayeron sobre Jesus, y lo que debió sufrir este Cordero divino el resto de la noche en medio de aquellas bestias feroces. Habiéndose juntado al amanecer los enemigos del Salvador, de quienes se componia el consejo de los judios, se determinó que para hacer á Jesus mas odioso aun á todo el pueblo era preciso hacer que fuese juzgado y condenado á muerte por Pilato, que mandaba por los romanos en Judea. Condujose el Salvador á aquel tribunal profano, las manos atadas á la espalda, cual si fuese un perverso, atravesando por Jerusalem cuyas calles estaban llenas de gente.

¡Qué espectáculo! Jesus con la cabeza desnuda, el rostro magullado con los golpes, las manos atadas á través de una multitud de pueblo que le cargaba de imprecaciones; conducido al gobernador pagano, para recibir de él su último decreto de muerte; ante un juez extranjero que no conocia mas que de los delitos mas enormes. Pesemos todas estas circunstancias. ¡Ah, mi Dios! ¿cuándo curarán nuestro orgullo vuestras humillaciones, y servirán de freno á nuestra ambicion? Muy justo seria que ellas nos hiciesen menos delicados en punto de honor, y mas humildes.

El juez pagano descubrió muy pronto la inocencia del pretendido criminal, y la verdadera causa del odio de los judios y de su escandalosa injusticia. No habiendo podido la calumnia presentarle criminal en materia de religion, pretenden los judios hacerle pasar en este tribunal por criminal de estado; pero caeduan luego todas sus acusaciones. Pilato reconoció y declaró públicamente su inocencia, y esto lo hizo sin duda para no verse obligado á juzgarle; y para ganarse un amigo á espensas del inocente, le envió á Herodes, tetrarca ó gobernador de Galilea. Herodes deseaba ya mucho tiempo habia ver á Jesus, pero solo por un motivo de curiosidad; así es que el Salvador no se dignó responder una sola palabra á todas sus vanas cuestiones, y todo concluyó por injurias y burlas mórdares, y el que era la sabiduría eterna fué tratado de loco por Herodes y por toda su

corte. ¿Preciso era, Señor, que no hubiese ningún tribunal, ningún estado en el mundo en donde no fueseis maltratado, odiado de los sacerdotes, maldecido del pueblo, despreciado de los grandes y perseguido de todos? Por mas que se le declara inocente, se insiste en que muera. Pilato queria librarle; pero el respeto humano se lo impide. Era costumbre conceder la vida á un criminal, á eleccion del pueblo, la vispera de la Pascua. Pilato les propone á Jesus y á Barrabás. ¿Habia mucho que deliberar para la preferencia? Jesus, el Santo de los santos, que habia dado la vida á tantos muertos, y la salud á tantos enfermos; y Barrabás, malvado de profesion, ladron público, jefe de faccion, y que habia sido preso por haber poco tiempo habia muerto á un hombre; tal es el concurrente de Jesus: ¿y sobre quién recaerá la eleccion? Si es el mundo el que debe hacerla, ciertamente Jesus será olvidado, despreciado, pospuesto; condeñado. En efecto, danos á Barrabás, se oye clamar por todas partes, y crucifica á Jesus. Juicio del mundo, eleccion de la pasion, gritos de la irreligion y de la injusticia. Pero ¿qué mal ha hecho? replica el gobernador; y ¿es acaso la religion ni la razon á quienes se consulta, cuando no se obra mas que por pasion? Insistese en pedir su muerte. Entonces el juez pagano creyó que el medio de apaciguar su rabia, ó á lo menos de endulzarla, era poner al Cordero inocente en un estado que causase lástima al mas bárbaro, y mandó que Jesus fuese desgarrado á azotes. Ejecutóse la orden con tanta crueldad, que al mismo Pilato le causó horror, y pensó que bastaria mostrarle para extinguir todo furor y toda rabia. Habiéndose, pues, presentado al pueblo sobre un balcon, hizo adelantar al Salvador, y mostrándosele en un estado tan lastimoso, les dijo: He aqui el hombre que me habeis entregado para quitarle la vida; juzgad si puede restarle mucho tiempo que vivir. Miradlo, ¿podeis reconocerle? ¿temereis todavía que en adelante quiera hacerse vuestro rey? ¿Le creeis en estado de dogmatizar? Dejadle concluir á fuerza de sus dolores y de su estenuacion un resto miserable de vida. Un espectáculo tan lúgubre, y tan patético, solo sirvió para irritar mas á aquellos leones furiosos; la sangre del Salvador les puso todavía mas encarnizados en quitarle aquel resto de vida. Oyóse por todas partes gritar: Que sea crucificado, que muera; y Pilato despues de haber protestado públicamente que no tenia parte en aquella escandalosa injusticia, entrega, en fin, aquel Cordero sin mancha para que sea inmolado. ¡Oh, y qué bien se vé; que el pecado de todos los hombres de que se ha cargado este divino Salvador; es el que con tanto encarnizamiento soli-

cita su muerte, y que la satisfaccion de este pecado es lo que le inmola; de consiguiente la pasion, la injusticia, la iniquidad pública es lo que le condena á muerte, y lo que sufoca todos los sentimientos de humanidad en el pueblo.

Aun cuando una falsa prevencion nos hiciese ver no mas que una ficcion en lo que se lee en esta historia, no podria menos de enterrecernos. Estamos, empero, seguros de la realidad. Este tejido de injusticias, de oprobios, de suplicios, y de crueldades hasta entonces inauditas, es cierto; la persona adorable que sufre tantas crueldades y tantas infamias no nos es desconocida. ¿Debe, pues, sernos indiferente? Sabemos que lo que sufre es por nuestro amor. ¿La veremos sufrir á sangre fria?

Esta noche comienza el oficio de las tinieblas. Celebra la Iglesia en estos tres últimos dias las exequias del Salvador. Llámase oficio de tinieblas á los maitines que comienzan en el oficio de las ferias mayores de la Semana Santa, esto es, del jueves, viernes y sábado santo. La solemnidad de las preces cantadas despues del cántico *Benedictus* en la oscuridad de la noche, estando apagadas todas las lámparas y los cirios, ha dado margen á que se dé á todo el oficio el nombre de tinieblas.

La palabra *maitines*, propiamente hablando, no conviene sino al oficio de laudes, que segun su antigua institucion debe cantarse por la mañana al amanecer, y que por lo mismo se llama laudes, ó alabanzas matutinales. De aqui es de donde ha venido la palabra maitines, la cual no se ha atribuido al oficio de la noche, que antes de esto se llamaba oficio nocturno, hasta despues que el uso de cantar por la mañana el oficio de la noche se ha introducido en la mayor parte de las iglesias catedrales.

Pónese durante el oficio de tinieblas un candelero triangular en el que se colocan quince cirios, los cuales se apagan sucesivamente al fin de cada salmo. Es esto todavía un resto de la antigua costumbre de la Iglesia, que ella renueva en estos tres dias. Antiguamente no se ponian candeleros sobre los altares. Sin embargo, el uso de las luces, de los cirios, y de las lámparas, es de la primera antigüedad para todas las iglesias del mundo. Poníanse estas luces en gran número, sobre arañas suspendidas, ó sobre maderos elevados, que iluminaban todo el coro, y aun toda la iglesia, ó en grandes candeleros fijos cerca del altar, sin hablar de los candeleros que llevaban los acólitos. Los candeleros fijos eran de diversas figuras: los unos en forma de cruz, otros eran triangulares, otros tenían muchas ramas; véñese todavía de esta última figura en la iglesia de Leon y en otras partes. La costumbre de apagar los cirios al fin de cada salmo, en los oficios

de tinieblas de la Semana Santa; es muy antigua. Muchos dan un sentido espiritual á esta ceremonia, y dicen que estos cirios que se apagan sucesivamente representan los apóstoles y los discípulos de Jesucristo, que el Salvador llama la luz del mundo, y que desaparecieron y huyeron sucesivamente al tiempo de la pasión de nuestro Señor. El cirio que se conserva encendido, y que se oculta durante las preces que se dicen de rodillas despues del *Benedictus*, y que se vuelve á sacar concluidas las preces, sirve para encender la lámpara que debe arder delante del altar, para no dejar sin luz al Santísimo Sacramento. El sentido espiritual de este cirio escondido, y vuelto á sacar encendido despues del oficio de tinieblas, es, segun muchos intérpretes, para significar la muerte de Jesucristo y su resurreccion, el cual aunque muerto y sepultado durante los tres dias, fué siempre la verdadera luz que no podia estinguirse; y que por esto se toma el cirio que está á la cabeza del candelero triangular que representa á Jesucristo. El ruido que se hace al fin del oficio, no era antiguamente mas que la señal que el oficiante, golpeando sobre su libro, ó sobre su asiento, daba al clero y al pueblo para que se fuesen. Otros pretenden que se hace así, no solo para significar la confusion que hubo en toda la tierra en la muerte del Salvador del mundo, sino tambien para dar á entender con este palmeteo un aplauso universal en la resurreccion de Jesucristo, que fué su triunfo glorioso sobre la muerte y sobre el infierno, y que por esto el cirio encendido y oculto aparece al tiempo que se dan los golpes.

Dicense en la misa de este dia dos oraciones principales; la que se dice antes de la primera Epístola es como sigue:

Praesta, quæsumus, omnipotens Deus: ut qui nostris excessibus incessanter affligimur, per unigeniti Filii tui passionem liberemur. Qui tecum vivit...

La primera Epístola está tomada del profeta Isaías, cap. 62.

Hæc dicit Dominus Deus: Dicite filia Sion: Ecce Salvator tuus venit: ecce merces

O Dios omnipotente, rogámoste nos concedas que seamos libres de los males que incessantemente nos afligen por nuestros pecados, mediante la pasión de tu único Hijo, que siendo Dios, vive y reina, etc.

He aquí lo que dice el Señor: Decid á la hija de Sion: Mira á tu Salvador que viene, y que

ejus cum eo. Quis est iste, qui venit de Edom, tinctis vestibus de Bosra? Iste formosus in stola sua, gradiens in multitudine fortitudinis suæ. Ego, qui loquor justitiam, et propugnator sum ad salvandum. Quare ergo rubrum est indumentum tuum, et vestimenta tua sicut calcantium in torculari? Torcular calcavi solus, et de gentibus non est vir mecum: calcavi eos in furore meo, et conculcavi eos in ira mea: et aspersus est sanguis eorum super vestimenta mea, et omnia indumenta mea inquinavi. Dies enim ultionis in corde meo, annus redemptionis meæ venit. Circumspexi, et non erat auxiliator: quæsi, et non fuit qui adjuvaret: et salvavit mihi brachium meum, et indignatio mea ipsa auxiliata est mihi. Et conculcavi populos in furore meo, et inebriavi eos in indignatione mea, et detraxi in terram virtutem eorum. Miserationum Domini recordabor, laudem Domini super omnibus, quæ reddidit nobis Dominus Deus noster.

trae consigo su recompensa. ¿Quién es este que viene de Edom, y que sale de Bosra con sus vestidos teñidos en sangre? Hermoso es (sin embargo) bajo de este hábito, y hace aparecer en su marcha la grandeza de su fortaleza. Yo soy el que anuncio la justicia, y el que tengo el poder para salvar al mundo. ¿En qué consiste que está roja tu vestidura, y que tus vestidos parecen á los de los que pisan la uva en el lagar? Yo he estado solo en el lagar, sin que ni uno solo de todas las naciones me haya acompañado. Yo los he pisoteado en mi cólera; su sangre ha salpicado mis vestidos, y han quedado manchados con ella. Porque he aquí que ha llegado ya el dia en que he resuelto ejercer mi venganza, y el tiempo de rescatar á mi pueblo. Yo he mirado por todas partes si alguno vendria para ayudarme, y no he visto á nadie. Yo he buscado auxilio, y no le he encontrado; así es que solo mi brazo me ha salvado, y mi indignacion me ha provisto de armas. Yo he aterrado los pueblos en mi furor, los he embriagado en mi cólera. Yo he anonadado su poder. Yo no olvidaré jamás las misericordias del Señor. Yo alabaré al Señor nuestro Dios por todos los beneficios que hemos recibido de él.

La oracion que se dice antes de la segunda Epistola es como sigue:

Deus, qui pro nobis Filium tuum crucis patibulum subire voluisti, ut inimici à nobis expelleres potestatem: concede nobis famulis tuis, ut resurrectionis gratiam consequamur. Per eundem Dominum...

O Dios, que has querido que tu Hijo sufriese por nosotros el suplicio de la cruz para libranos del poder de nuestro enemigo, concédenos á nosotros, siervos tuyos, la gracia de que participemos de su resurreccion. Por el mismo nuestro Señor Jesucristo, etc.

La segunda Epistola está tomada del profeta Isaias, del cap. 53.

In diebus illis: Dixit Isaias: Domine, quis credidit auctui nostro? et brachium Domini cui revelatum est? Et ascendit sicut virgultum coram eo, et sicut radix de terra siccanti: non est species ei, neque decor: et vidimus eum, et non erat aspectus, et desideravimus eum. Despectum, et novissimum virorum, virum dolorum, et scientem infirmitatem: et quasi absconditus vultus ejus et despectus, unde nec reputavimus eum. Verè languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit: et nos putavimus eum quasi leprosum, et percussum à Deo et humiliatum. Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra: disciplina pacis nostræ super eum, et livore ejus sanati sumus. Omnes nos quasi oves erravimus, unusquisque in viam suam decli-

En aquellos dias dijo Isaias: Señor, ¿quién es el que ha creído lo que nosotros hemos oído? ¿y á quién se ha dado á conocer el brazo del Señor? El se elevará delante del Señor como un arbolillo, y como un vástago que sale de una tierra seca. No hay en él hermosura ni esplendor. Nosotros le hemos visto, y nada habia en él que llevase en pos de sí nuestras atenciones; hemos llegado hasta desconocerle. Le hemos visto despreciado y tratado como el último de los hombres. Un hombre de dolores que ha pasado por todo género de miserias. Su rostro estaba desfigurado, de modo que no le hemos conocido. Verdaderamente ha llevado nuestras flaquezas, y ha cargado sobre sí nuestros dolores. Le hemos tenido por un leproso, y como un hombre castigado por Dios y humillado; (sin embargo) ha sido cubier-

navit: et posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum. Oblatus est quia ipse voluit, et non aperuit os suum: sicut ovís ad occisionem ducetur, et quasi agnus coram tondeute se obmutescet, et non aperiet os suum. De angustia, et de judicio sublatus est: generationem ejus quis enarrabit? quia abscissus est de terra viventium: propter scelus populi mei percussi eum. Et dabit impios pro sepultura, et divitem pro morte sua: eò quòd iniquitatem non fecerit, neque dolus fuerit in ore ejus. Et Dominus voluit contere eum in infirmitate: si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum, et voluntas Domini in manu ejus dirigetur. Pro eo quòd laboravit anima ejus, videbit, et saturabitur: in scientia sua justificabit ipse justus servus meus multos, et iniquitates eorum ipse portavit. Idèò dispertiam ei plurimos: et fortium dividet spolia, pro eo quòd tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est: et ipse peccata multorum tulit, et pro transgressoribus rogavit.

to de llagas por nuestras iniquidades, ha sido maltratado por nuestros crímenes. El castigo que debia darnos la paz ha recaído sobre él, y hemos sido curados por sus cardenales: todos estábamos como ovejas descarriadas; cada uno se habia extraviado por seguir su propio camino, y el Señor le ha cargado á él con la iniquidad de todos nosotros. El se ha ofrecido porque él mismo ha querido, y no ha abierto su boca: será llevado como una oveja á la muerte, y no dirá una palabra, como un cordero mudo delante del que le trasquila. Ha muerto en medio de los dolores, despues de haber sido injustamente condenado. ¿Quién contará su generacion? Porque ha sido cortado de la tierra de los vivientes. Yo le he herido (dice Dios) á causa de los pecados de mi pueblo. El dará los impíos por precio de su sepultura, y al rico por recompensa de su muerte; porque no ha cometido pecado, y la mentira no se ha hallado jamás en su boca. Pero el Señor le ha querido destrozár en su flaqueza. Si él da la vida por el pecado, verá una larga y dichosa posteridad, y la voluntad del Señor será cumplida felizmente para él: verá el fruto de las penas que su alma habrá sufrido, y quedará lleno de satisfaccion. El es mi siervo fiel y justo, que justificará por su doctrina á innumerables, y llevará sobre sí sus iniquida-